

VIENTO DE TRAMONTANA

SERGIO GASPAR

VIENTO DE
TRAMONTANA



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados
basado en un diseño de RQ

Ilustración de cubierta: © Toni Borrell, 2014

Primera edición: septiembre de 2014

© Sergio Gaspar, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1231-7

Impreso en Larmor

Depósito legal: B. 11829-2014

Impreso en España

Las situaciones que se narran en esta novela son ficticias. La ficcionalización de algunos de sus protagonistas no puede ni pretende suplantar sus biografías, ni siquiera corregirlas un ápice. Creo que la literatura no tiene en la actualidad ese poder, si es que alguna vez lo tuvo. Creo que la literatura es no creíble, una propuesta increíble, y de ahí nace su modesta contribución a la verdad.

Sí conservan ese poder, aunque por fortuna cada vez más erosionado y discutido, la historia, el periodismo o la política, que pudieron y pueden imponer en amplios grupos sociales, por largo tiempo y eficazmente, simulacros creíbles de biografías. Muchos nos esforzamos cada día por no olvidarnos de las vidas virtuosas de Stalin, Hitler o Franco que se enseñaban en las escuelas y los periódicos de la URSS, del Tercer Reich o de la España surgida de una Guerra Civil. Nos esforzamos sobre todo por respeto a la dignidad de sus millones de víctimas y por higiene moral.

Viento de tramontana es una parodia con vocación literaria de algunos aspectos de la vida política y de la industria editorial españolas. Cada vez estoy más convencido de que una sociedad seria, una sociedad que aspire a un

futuro de tolerancia y reflexión, es la que acepta sonreírse en el presente de sí misma. Si, como dicen, el sentido común es el sexto sentido para la convivencia social, el séptimo podría ser el sentido del humor, sin el cual el sentido común corre el riesgo de transformarse en una imposición de los puntos de vista dominantes en una colectividad.

Comparto plenamente las palabras del señor Artur Mas, pronunciadas recientemente en el 32º Salón Internacional del Cómic de Barcelona, cuando recordaba que, ejerciendo el derecho a sonreír, nos sería más fácil relativizar y desdramatizar algunas cosas y comprender que, con el humor de por medio, resulta más sencillo resolver los conflictos y entenderse. Hago más estas palabras. El humor favorece la democracia y el diálogo.

Sergio Gaspar

Índice

E.	13
l.	27
A.	35
m.	81
<i>La joven y brava directora...</i>	103
NOCHE DIAGONAL	115
<i>A/A Sra. Directora Literaria...</i>	147
<i>Estimado/a negro/a...</i>	149
LA CONTRA	161
<i>Helena Detroya paró el motor....</i>	185
á.	203
n.	255

A l'amic Manel Zabala, aquest conte espanyol

*A Sebastià Alzamora, Carles Duarte, Pere Rovira
i Joan Santanach, per les coses que hem viscut
junts i les moltes que ens resten per viure*

*A Òmnium Cultural, per la seva defensa lloable i
imprescindible de la llengua, la cultura i la identi-
tat d'aproximadament la meitat dels catalans.*

O potser menys. O potser més

E.

Puesto que me piden que les cuente mi historia por extenso —y soy consciente de que mi porvenir depende de mi obediencia, de que mi fortuna pende del hilo de que no nazca en ustedes la sospecha de que pretendo hurtarles algún detalle pertinente para su investigación—, comenzaré por el principio y lo pondré todo por escrito, como yo mismo les había sugerido y como ustedes han tenido la magnanimidad de concederme. Comprobarán así, ferazmente, mi voluntad sincera de colaborar con la justicia. Les aseguro que, cuando mi narración concluya y este molesto asunto se haya ilustrado con la linterna de la verdad, no albergarán sospecha ni duda ningunas acerca de mí.

Seré claro, por encima de todo.

Llegamos al Hotel Albons el viernes 24, exactamente a las once y cuarenta y dos minutos de un mediodía, diáfano y crístico, además de ténido, incluso me atrevería a matizar que pátino, del vilardo epílogo de agosto. Mi esposa y yo descendimos del Audi A3 que habíamos alquilado aquella misma mañana, a las nueve en punto, nada más abrir la su-

cursal de la empresa Over Rent S. A., sita en la avenida Josep Tarradellas número 42 de Barcelona.

No saben cuánto me arrepiento ahora, mientras escribo estas líneas, de no haber tomado la precaución de memorizar la matrícula. Ignoro si lograré que no malinterpreten despiste tan morrocotudo, más exactamente, tan lidio, si les consigno de inmediato con mi mejor voluntad de colaboración que se trataba de un vehículo de diésel sin azufre y no de gasolina, de 150 CV, modelo 2.0 TDI, de color blanco glaciador, de pintura metalizada... Si bien les imagino a ustedes en posesión de estos datos. No pretendo ofenderles. No dudo de su benemérita profesionalidad. Sólo insisto en mostrarles mi cedazo deseo de transparencia, o sincera lucticia, o día, noche, ponientes, o metal, música, labio, o lecho, pluma, cristal, o vicente aleixandre.

Como de un bajel flotado aquella misma mañana en la Ciudad Condal, mi alegre esposa y yo descendimos del Audi A3, épicos y expectantes, ofrecidos y respetuosos, dispuestos a que nos acogiese tanto cielo garzísimo, la larga lengua de la luz lamiendo con lentitud de buey el mundo, el viento mego, el mar próximo y refulgente de la Bahía de Rosas. El espectáculo se desplegaba como un abanico gozoso de maravillas. El paisaje se convertía en eternizada divinidad, colmo de calma.

Gentes llegadas de una ignota y bárbara geografía, gentes sesudas y forradas de euros, o tal vez de rublos, habían emplazado aquel Templo de la Serenidad en lo alto de una suave colina, sabiamente situado en la frontera entre el Alt y el Baix Empordà, construido como una invi-

tación irrefragable a disfrutar de la visión de la llanura por la que griegos y romanos comenzaron a intentar comprender o asumir, en un esfuerzo tan español como inútil, condenado a Viriato y a Numancia y a Sagunto, a la traición del conde Don Julián y a las Navas de Tolosa, al teatro de Calderón, al suicidio de Larra, al alzamiento de El Escorial y al hundimiento de Trafalgar, a las guerras carlistas, a otra guerra civil, a la transición democrática y al eterno retorno del fracaso, la variopinta y laberíntica idiosincrasia de la Península de los Conejos.

—Nos esperan unos días inolvidables —anunció Marta, mientras permitía con coquetería magnánima que se diluyese su voz en la luz.

Acertó de pleno. Nunca olvidaríamos lo que nos aguardaba aquella tarde. Jamás de los jamases. Ni con la ayuda misericordiosa de alguna de las variantes más incógnitas del alzhéimer.

La amplia habitación, el baño amplio, daban a la piscina. Rememoro el contraste entre la verdura de la hierba, cuidada hasta la caricia, y la claridad azul del agua acogedora. Baño y habitación aparecían orientados al sur, abiertos de piernas al Baix Empordà, resguardados de la crueldad chifladora del viento tramontanal. A la izquierda se erguía el macizo del Montgrí, con la imponente silueta del castillo, como un halcón de piedra para aquella conciencia que lo contemplase con los prismáticos de las metáforas, señero y orgulloso a trescientos metros de altura, vigilando las dos llanuras que dominaba: la de tierra, la de agua.

—El mar es un desierto de agua —revelé, rebelde a la realidad del mundo.

—Todas las piscinas leen *Marinero en tierra*, su libro de cabecera —se rebeló Marta, rápida, como un resorte.

A veces jugábamos a encadenar presuntas greguerías, un juego o un combate de quienes se habían conocido diecinueve años antes, jóvenes aún, mientras preparaban sus respectivas tesis doctorales sobre Don Ramón Gómez de la Serna.

—El mar es el espejo ante el que se afeitan los dioses —propuse, sin excesiva convicción.

—Las piscinas son los rectángulos en el libro de geometría del mar —replicó de inmediato, convencida.

—¿Y qué pasa con las piscinas redondas, u ovaladas, o triangulares? ¿Aceptarás que esta vez has perdido?

—Todas las piscinas del universo son rectangulares. Como las camas.

Se levantó del sillón de mimbre de la terraza, que había invadido con sus glúteos todavía prietos, carne diseñada por la dieta y el gimnasio, y me besó.

Hicimos el amor según el protocolo o algoritmo. Aquel verano Marta había decidido que terminásemos eyaculando sin excepciones en su boca, eso sí, no sin verme obligado antes a proporcionarle con las castizas estimulación lingual de clítoris y penetración de vagina la cuota de orgasmos vaginales y clitorianos que le correspondía, a porciones sosteniblemente iguales, como mujer universitaria, semifeminista y empedernida votante ecosocialista que era. Reconozco que al principio me había complacido su ocurrencia. Creí,

ingenuo, que me salvaría del climaterio al que se condena cualquier macho si juega al sexo más de dos años, tres a lo sumo, con la misma mujer, en especial si se trata de la suya. Pero, tras soportar en torno a tres docenas de eyaculaciones archiantiprecoces y veraniegas, empezaba a resultarme un suplicio contenerme, alejarme con disciplina progresista de su clítoris calmado, esperar a que regresara de sus tauromáquicas corridas, observarla recuperarse, sonreírme con calma, con más calma todavía, con demasiada calma siempre, mirándome alternativamente al glande y a los ojos, otra vez al glande, de nuevo a los ojos, empuñar el pene por fin con sus manos, masturbarlo con lentitud torturadora, abandonarlo tieso en el aire, aproximar sus labios a la punta, mostrarme la lengua prometadora, salvadora, lamerme... Al término de aquella laboriosa operación de cirugía erótica, con mi pene desatascando al fin su garganta de greguerías, las pasaba canutas hasta lograr eyacular. Además, fuese por incapacidad de apertura mandibular o por pura mala leche, Marta no terminaba de separar los dientes lo bastante para que yo no acabara con el rabo escocido.

Escupió mi semen en el lavabo y regresó a la habitación.

—Yo no me ducho. Me lavaré en la piscina. ¿Vienes conmigo?

Mientras contemplaba nadar tranquila a Marta desde la terraza de la habitación y consumía sentado, con los testículos vacíos y el estómago hinchado de alcoholes en macedonia, el último botellín de ginebra del minibar, dejé que se desplegara en mi conciencia un abanico viscoso de

pensamientos: cualquier mujer excita más en bikini o bañador que desnuda; en el Hotel Albons, por los agudos ladrillos que me martirizan los oídos desde la habitación de abajo, los perros no pertenecen al catálogo humillante de criaturas prohibidas y expulsadas; resulta temerario vaciar el minibar antes de que la luz del día empiece a llamarse ocaso en un poema modernista; el castillo de Montgrí se asemeja a un dado gigante, con la cara del seis mirando al cielo, desde el que le sonrío un dios ludópata con suerte.

Me pareció que Marta levantaba un brazo y lo mecía vertiginosamente desde el agua. Me pareció que me llamaba. Tal vez se estuviese ahogando en realidad.

Me levanté, dispuesto a salvarla.

Cerré de golpe la puerta de nuestra habitación, camino de la piscina vacía, pero me retuvo en el pasillo la mano de una imagen extranjera, una aparición absurda entre la realidad, como estar viendo con el pensamiento un dado de una única cara.

Abrí para contemplar esa imagen de nuevo. Permanecí de pie un largo rato, intentando averiguar desde el umbral de la estancia por qué iba a ser necesario que bajase a la piscina a salvar a una mujer que permanecía tumbada en nuestra cama, atada y desnuda, con las piernas y los brazos extendidos y abiertos, como una cruz de carne ensangrentada.

—¿Dónde comemos?

—La guía de restaurantes está en la guantera. Te concedo sesenta segundos para sorprenderme. Hasta que lleguemos a la carretera.

Mi esposa abrió la guía en la sección del Baix Empordà, página 93.

—Castell d’Aro. Se llama Joan Piqué—Cal Rei. La mezcla promete: el carca de José Piqué y el valiente cazador de elefantes de Juan Carlos I. Precio medio: 4.000—5.500 pelas, unos 30 euros. Eso si no ha subido o todavía existe. ¿Sabes que esta guía es del 95?

—Los restaurantes son eternos, como las farmacias y las putas.

—Dice que sus especialidades son innumerables. Te leo algunas: hojaldre de huevo frito, ensalada de alcachofas, escudella ampurdanesa, arroz de sepia y centollo...

Detuve el coche al llegar al cruce con la carretera. Miré a Marta.

—¿No eres la copilota?

Mi esposa intercambió en sus manos la guía de restaurantes por la GeoPlaneta Espasa. Recuerdo que se trataba de una edición del año 2000. Recuerdo que Marta se había pintado de rojo la uña del dedo meñique de su mano derecha. No entiendo por qué no lo había recordado antes, cuando les expliqué cómo practicaba prodigios con mi pene. Espero que olvidos de esta ralea no contribuyan a que pierda credibilidad ante ustedes. Me sabría perdido. No me quedaría ninguna defensa.

—Este pueblo está en el quinto pino. Desvíate por Albons, hasta Torroella.

Entré en la carretera de la Bisbal y, enseguida, giré a la izquierda. Entonces, cuando habíamos pasado Albons, a mitad de camino entre Albons y Bellcaire, dio comienzo lo

que espero que ustedes terminen por comprender y aceptarme, a pesar de lo maravilloso que les resultará.

Eran las dos y veintidós minutos. Noté que el acelerador no respondía y fui apartando el Audi A3 a la derecha de la carretera, hasta que se detuvo.

El que Marta no dijese nada, no preguntase qué nos estaba pasando, no se moviese, se limitase a verme sacar y meter la llave varias veces, me volvía más consciente aún de la magnitud de la tragedia.

Oí, por fin, su voz.

—Te dije que no saliésemos con una huelga de grúas. ¿Ahora qué, cariño?

Nada más decirlo, empezó a diluviar. Resultaba chocante que empezase a llover a cántaros a las dos y veinticinco minutos, cuando ciento ochenta segundos antes no lucía una solitaria nube en el cielo.

—Lo que nos faltaba —dijo Marta, y, nada más decirlo, comenzó a caer granizo del tamaño de una pelota de golf, millones de gélidas pelotas de golf que nos borraban el paisaje y nos impedían ver otro espectáculo que nuestro pánico de que se reventase el parabrisas en cualquier momento.

—¡No digas nada más! —supliqué a gritos.

Pero Marta jamás ha podido permanecer callada. Siempre ha tenido que abrir la boca para vomitar una greguería o tragarse mi pene. No pudo callarse tampoco aquella vez, por fortuna.

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

Y, nada más manifestarme su odio por tercera vez, paradójica como una cariátide histérica, terminó de granizar,

cesó de diluviar. Parecía que no quedase ni una gota de agua en el universo.

Los campos, a izquierda y a derecha, la carretera, por detrás y por delante, habían desaparecido bajo un manto de granizo del grosor de la desesperación que debieron de padecer las personas y bichos y plantas que se quedaron fuera del Arca de Noé. Pero, tras lo visto, yo me sentía más tranquilo que un cero. Tenía clarísimo el procedimiento a seguir. Mi esposa se había inclinado hacia adelante, con las manos en la cara, lloriqueando.

—Di algo —le dije.

—¿Qué quieres que diga, idiota?

Y el grueso manto de granizo se volatizó.

—¡Casi me meo en las bragas por tu culpa!

Y un arco iris inmenso, perfecto, se formó en el cielo.

—Sigue, cariño, no pares.

Lloriqueé con más energía. Yo estaba seguro de que si le arrancaba rápido otra frase aparecería una docena de grúas en una jornada de huelga de grúas.

—¿Por qué no me la chupas?

—¡Serás cabrón!

Levantó la cabeza, los ojos abiertos y furiosos. Entonces, ambos vimos, bajo el arco iris gigante, por la carretera fresca y limpia, venir lentamente una bestia montada por un hombre.

—Estamos salvados —dije yo.

—Sólo me falta que sea un psicópata asesino —profetizó mi esposa.

La bestia en cuestión era un asno trotero y pardo, y, quien la cabalgaba, un vejete vestido con traje de pana negra, camisa blanca, boina negra sobre cabeza que tiraba a cabezón, colilla amarillenta y eterna en sus labios de ceniza.

Cuando llegaron al Audi, bestia y viejo se apartaron con suavidad a la derecha, dispuestos a seguir su camino. Volví mi cabeza y pude ver, sobre el anca izquierda del asno, la pegatina de otro asno más pequeñito cuyo cuerpo lucía las barras verticales, rojas y gualdas, de la señera catalana.

Salí del coche. Grité.

—¡Eh! ¡Deténganse!

Como si fuesen sordos, o se lo hiciesen, siguieron alejándose. Entonces, percibí sin ningún género de dudas que la tierra entera del Ampurdán, con sus raíces, sus purines, sus lombrices, sus acuíferos, sus osamentas de iberos, griegos y romanos, penetraba las suelas de mis zapatos, ascendía por mis piernas, llegaba hasta mi garganta, removía mi lengua.

—¡Señor Josep Pla!

Es verdad que los nombres inmovilizan el mundo. Es verdad que los nombres lo ponen en movimiento. Asno y jinete se pararon primero, se giraron después, avanzaron unos metros, se llegaron a mí, se pararon de nuevo, me miraron.

Josep Pla, como si fuese a fumarse una segunda colilla, se llevó un dedo a los labios. Después, escrutó a ambos lados, vigilante. Escrutó también el cielo, por si acaso. Bajó del burro con una agilidad inesperada. Se aproximó, cauteloso.

—¿No será usted de la Generalidad de Cataluña? —me preguntó, inequívocamente preocupado.

No me dio tiempo a responderle.

—Esos tipos aparecen por todas partes. Lo sabía. Sabía que la pegatina del burro me delataría. Fue idea del burro. El pobre animal necesita una identidad, como todos.

—No se preocupe. Soy de Soria.

—¿Y ella...?

Señaló a Marta, que había salido del coche y nos observaba apoyada de brazos sobre el techo abollado por el granizo.

—También es de Soria. No tiene motivos para preocuparse, señor Pla.

Volvió a llevarse un dedo a los labios.

—Llámeme José Llano. Eso los despista mucho. Sé que debería haberme quitado la boina y, sobre todo, abandonar el tabaco, y no permitir que el burro me convenciese. Han puesto espías por todas partes. No descansan. En cuanto me dieron su medalla de oro, eso fue por 1980, vi claro que tendría que morirme. No me iban a dejar en paz. Usted no sabe la cantidad de premios que tienen.

Me miró, de nuevo seriamente preocupado.

—¿No se apellidará usted Trapiello?

—No.

—¿Jiménez Losantos?

—No.

—Esa gente es también muy peligrosa. También ellos están cargados de premios. No importa que sean rojos o nacionales. Todos andan cargados de condecoraciones, y me-

dallas y premios. No hay manera de escaparse. Por eso me morí.

—¿Pero usted está muerto? —preguntó Marta, divertida.

—Bueno, según se mire.

—No me parece usted muerto del todo —siguió Marta.

El difunto Josep Pla empezó a contar con los dedos de su mano izquierda los dedos de la mano derecha de José Llano.

—Llevo treinta y un años sin recibir ningún premio ni medalla ni hostias. Según esto, estoy muerto.

Marta salió de detrás del Audi castigado por el grani-zo, sonriente, dispuesta a no desaprovechar la ocasión.

—Señor Llano, si nos presta su burro con pegatina para llegarnos a Bellcaire, le dejaremos seguir muerto y en paz.

—Bueno, hable con el burro. Si lo convence, hay trato.

No albergo ninguna duda de que fue en ese preciso momento cuando el señor Josep Pla decidió cargarse a mi esposa. Marta se moría por ser graciosa, y, efectivamente, murió por serlo. Supongo que tantos años de estudiar greguerías acaban por pasar factura. Cada vez comprendo más nítidamente que todo cuanto siguió en aquella tarde y noche inverosímiles, hasta desembocar en el trágico episodio del Hotel Albons, no fue sino un intento por parte de ese vejete ladino de ganarse nuestra confianza.

Y lo logró. ¡Con cien mil de a caballo que alcanzó su objetivo!

Búsquenlo. Se lo ruego. Mi esposa yace muerta y asesinada en el Hotel Albons. Háganme caso. Se lo suplico. No pierdan más el tiempo con ese embrollo incompre-

sible de Al Qaeda, de células terroristas, de folletos y pistolas. ¿De qué me hablan? ¿Qué tengo yo que ver con esa historia? Me llevan los demonios cada vez que me recuerdo aquí encerrado, emborronando para ustedes estas cuartillas, mientras el señor Pla y su burro seguirán paseando mañana, libres y lentos, por los parajes extraordinarios del Ampurdán.

1.

[Ella luce un tipazo musculoso de 37 atléticos años. Montserrat Fonts i Figueres es su octosílabo nombre. Su autoestima, O.K. Vive matrimoniada con su profesión y ha conocido muchos equis amantes, dos de ellos lesbianas y otro transexual. Él se ha fugado de un verso de Lorca. De tan moreno que es, parece una aceituna. Guapote y machote, verde y gitano. Está para comérselo. Antonio Torres Heredia, así suena su nombre. Luce, igual que ella, 37 aniversarios de fibra musculosa. Ella y él yacen tumbados en un campo de plumas, sudorosos combatientes del amor. Desnudos en un hotel de carretera. Noche en metamorfosis de madrugada.]

ÉL.— ¿Qué tá otro kiki, en vé de seguí leyéndote eta tabarra, mi niña?

ELLA.— Reiet meu, m'encanta escoltar-te. Segueix, vinga. *[Gatuna.]* Si us plau.*

* VERSIÓN SUBTITULADA PARA ESPAÑOLES Y OTRAS CLASES DE SORDOS. Mi principito verde, me encanta cuando me lees. Sigue, sigue. Por favor.

ÉL.— ¡Coño, mi niña! ¡Que llevamo la cuarta letura de eta noche...! ¡Que me lo voy a sabé de memoria ete joío rollo de ete payo...!

ELLA.— M'excita la teva veu. Se m'humiteja la figa.* [*Otra vez gatuna.*] Me pones perra.**

[Antonio Torres Heredia es capitán de la Guardia Civil. Su padre, harto de recibir veinticinco bofetadas, harto de que después lo envolviesen en papel de plata, quiso que su hijo entrase en la Benemérita a darles bofetadas a los payos. Se equivocó de época, como la paloma de Alberti. Creyó que podría darle a quien se pusiera enfrente cuantas hostias le gustase sólo por vestir de verde. Ah, se equivocaba... Creyó, como aquel Galindo del caso Lasa y Zabala, sepultados en cal viva lejos de su tierra vasca, que torturar se podía por defender a la patria. Ah, se equivocaba... Ni retorcer los testículos ni aplicarles la picana: malos tiempos estos tiempos que llaman la democracia. Se acabaron los civiles que iban por el campo hostiando cacos, maquis o conejos, comunistas o gitanos. ¡Me he equivocado! ¡La vida é una pasión inútil!]

ÉL.— ¡Peo me puee decí, criatura, qué vé tú en la declaració de ete gachó! ¡Si te la he leío tropesienta vese...! Se me etá queando la lengua de esparto, joé.

* Me excita tu voz. Haces que se me moje el chumino.

** En español en el original.

ELLA.— Ja t'he dit un munt de cops que me la donessis. Me l'emporto a casa i la llegeixo sola i sense molestar ningú. Aquí pau i després glòria.*

ÉL.— ¡Nanay, quilla...! Por jincá contío yo me jueo lo coone, peo no lo galone. Eto paperucho etán bajo secreto sumario. Lo puee oí, poque me ha sorbió tú lo seso, peo de tocá ná de ná. Se quean conmío.

[Montserrat Fonts i Figueres es intendente de los Mozos de Escuadra. En estos precisos momentos, está en una misión secreta, tan secreta que Antonio Torres Heredia ni se lo huele aún, pese a las dos noches que llevan charlando, leyendo y jodiendo. La misión en cuestión es un encargo directo de la más honorabilísima autoridad de la Generalidad de Cataluña. Se llama Artur Mas i Gavarró ese hombre. ¿Por qué la eligió a ella el Presidente? Aún no lo sabe, pero sí supo desde el primer momento en que apareció en su despacho de incógnito, sin cita previa, vestida de paisano, entrando por una puerta discreta del Palacio de la Generalidad de Cataluña, comprendió desde el primer instante, como una revelación, que no podía fallarles a ese hombre, a esa nación, a ese himno, a esa historia, a ese sentimiento compartido y vivido por tantos millones de seres que bailan sardanas en la tierra y construyen castillos en el aire... Y, sin embargo, después de unas noches en que está saliendo a siete orgasmos de media, sabe también que Antonio Torres Heredia le gusta y le hace tilín, tanto tilín con su pilila como le hizo en su día la inolvidable sargento Francesca

* Te he dicho mogollón de veces que me la dieses. Cojo, me la llevo a casa y me la leo a solas, sin molestar a nadie. Y ya está. Aquí paz y después gloria.

Martínez i Fernàndez, alias la Maricona entre los colegas de origen charnego del Cuerpo. La maciza Paca, el primer transexual con grado de sargento surgido del Instituto de Seguridad Pública de Cataluña, merced al Programa de Normalización de Orientación Sexual e Identidad de Género de la Policía de Cataluña ideado e impulsado por Joan Saura i Laporta desde el año 2006. Al Consejero de Interior, tan verdecomunista como rojoecologista, se le ocurrió la admirable idea de profundizar en la política de igualdad de sexo entre los mozos de escuadra. ¿Por qué no avanzar desde la igualdad de sexos a la igualdad de sexualidades? Como un valiente Cristóbal Colón, dejando atrás el Atlántico de la rancia y aburrida heterosexualidad comme il faut de nuestros padres y abuelos, bautizó a su aventura conquistadora In Perpetuum Plus Ultra. Así que estableció un porcentaje mínimo de bisexuales y asexuales, de pansexuales y polisexuales, de lesbianas y gays, de transexuales y travestis, al que debía llegarse en el Cuerpo durante su mandato sexualmente sostenible y solidario. Paca la Maricona constituyó uno de sus primeros y más sonoros éxitos entre la tropa.]

ELLA.— Doncs, que t'aprofitin. Ara bé, si vols sucar, ja saps. A llegir fins al final...* [*Melosa y sonriente.*] Y con garbo.**

ÉL.— Me ha vuelto tú tarumba, faraona, y tó te lo permito. Tó. [*Socarrón y hechicero.*] ¿Vae que te la cuente mi duca pó soleare...? Pué vae.

* Pues con tu pan te lo comas. Eso sí, si quieres mojar caliente, ya lo sabes... ¡A leer, hale!

** En español en el original.

[Salta de la cama felino y en pelotas, y se yergue con altivez, los muslos bien abiertos, pisando con poderío la moqueta anticuada y polvorienta, edén de ácaros del polvo. Eso sí, cauto, ni por asomo se le ocurre soltar el manajo de folios de la declaración de ese asesino chiflado del Hotel Albons, no vaya a ser que la moza tenga malos pensamientos.]

ÉL.— ¡Amo allá! Con gracia y arte.

[Histriónico y burladero, carraspea sonoramente, mientras alza el brazo con la mano libre de folios hacia la bombilla.]

ÉL.— Anda que te den un tiro;
 que a esoras e la noche
 no quieo yo jablá contigo.

 Anda y que te den un tiro;
 que no se jase con nadie
 lo que tú has hecho conmigo.

ELLA.— *[Sonriente y un algo sorprendida.]* És que et passa quelcom a tu? De sobte, parles ben estrany.*

ÉL.— *[Didáctico, sin descender el brazo.]* Colección de cantes flamencos, publicaos en la imprenta Er Povení de Sevilla en 1881. Ya ha llovío. Recogío y anotao lo dichoso cante pó

* ¿Qué te pasa ahora...? De pronto hablas rarísimo.

Demófilo. Ya sabe tú, el pare de mi tocayo Antonio Machao, el poeta.

Anda y no presumas tanto;
Que otras mejores que tú
Se quean pa bestí santos (2)

*[Montserrat Fonts i Figueres piensa: No és només la cigala d'aquest home, que no. No és només el seu melic tan ric, les seves amples i mascles espatlles. M'estaré enamorant? La Montserrat in love?** Y, como si le hubiese propinado un buen mordisco a la nostálgica y grafómana magdalena de Proust, la intendente Fonts i Figueres, camelada y de pronto desconcertada, se monta en la moto de su memoria y viaja a toda velocidad a la sala Cortijo Fiesta, en el cruce de las calles Alhambra con Giralda, en la turística y costera localidad de Rosas, una noche de sábado y septiembre. Sí, había sido el mismo y muy honorable Artur Mas i Gavarró quien le había suministrado, con la voz grave y lenta adecuada a circunstancias tan especiales, las coordenadas de su objetivo. Su nombre, su grado de capitán de un cuerpo de seguridad enemigo, su afición a bailotear las noches de los sábados en el Cortijo Fiesta, su rostro mil veces fotografiado por los agentes adscritos como ella a la Comisaría General de Información, su altu-

(2) La palabra *mejores* es aquí sinónima de más guapas, de mayor mérito físico. La frase *quedarse para vestir santos* se aplica a las mujeres que, habiendo perdido por su edad la esperanza de casarse, se entregan al amor místico, para de algún modo ver de resarcir en el cielo su falta de fortuna en este mundo infame. (Antonio Machado y Álvarez, *Demófilo*, folklorista y amigo del pueblo.)

* No es sólo el sexo de este hombre, que no. Ni es sólo su ombligo divino, sus anchos y masculinos hombros. ¿Será que me estoy enamorando, yo, la calculadora y gélida Montserrat Fonts i Figueres?

ra, peso y edad, su complexión, su fama de mujeriego. Montserrat lo reconoció de inmediato. Estaba allí, sentado en lo más alto del taburete, con las piernas abiertas como un hombre, con un vaso tubular en su mano derecha, el codo izquierdo apoyado en la barra, avizorante. Montserrat le había dado vueltas infinitas a este dilema teatral: ¿Me presento a él como moza de escuadra o no me presento, y se lo oculto? Si hago esto último y lo descubre, y está en condiciones de adivinarlo por su función en los servicios enemigos de la Jefatura Fiscal y de Fronteras, mi misión habrá fracasado sin remedio. Si le desvelo mi condición de moza, ¿no sospechará de mí? ¿Lo interpretará como coincidencia discotequera o como pieza de una conspiración? Las dudas eran tan grandes que, cuando alcanzó el mostrador y yuxtapuso su cuerpo en pie al otro cuerpo sentado del capitán, la intendente aún no había tomado una decisión. La vida la tomó por ella, cuando ambos cuerpos se cruzaron una mirada flamígera.]

ELLA.— Esa copa la pago yo.

ÉL.— Bebo un whisky muy caro. Te lo advierto.

ELLA.— Te advierto que soy mozo de escuadra y cobro el doble, o más, que un guardia civil.

ÉL.— ¿Qué te invita a pensar que soy guardia civil?

ELLA.— Seguramente el tricornio de gala de capitán que llevas en la cabeza.